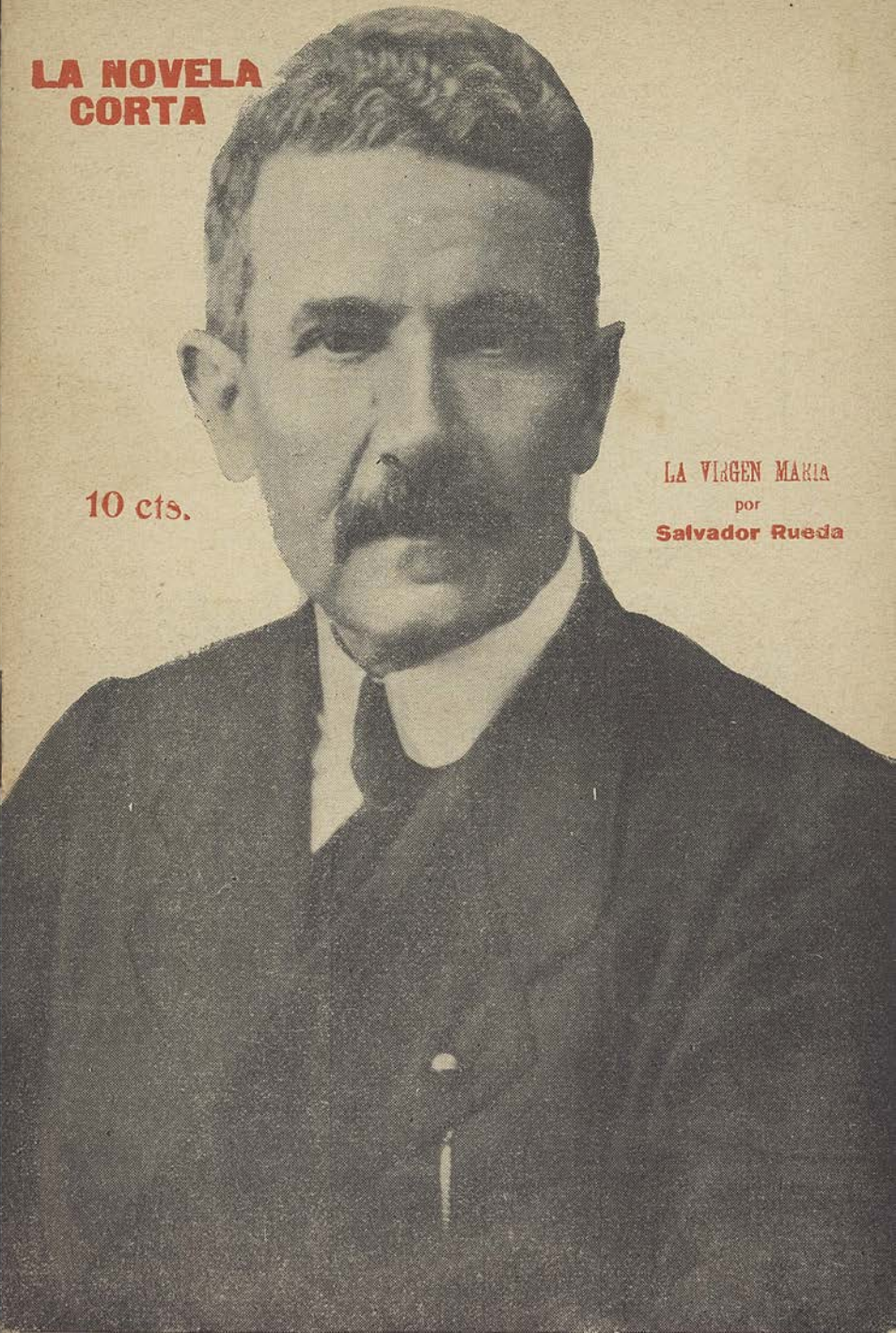
LA NOVELA CORTA



10 cts.

LA VIRGEN MARIA

por

Salvador Rueda

Año V
N.º 228

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 8
Mayo1920

Los escritores consagrados a la literatura infantil, no han tenido presente en sus actuales trabajos, la honda evolución que ha experimentado el niño en el breve transcurso de algunos años. El cinematógrafo, la divulgación de las Revistas gráficas, los folletos detectivescos, la vida febril moderna, en una palabra, han influido tan poderosamente en el cerebro del niño, que ya no bastan a entretenerle las ingenuas leyendas de Caperucita y Pulgarcito. Por el contrario, su imaginación, precozmente despertada, comprende nuestras grandes novelas y le son familiares los nombres de nuestros escritores.

KIRIKI

Este trabajo que lanzamos a la publicidad, se aparta por completo, tanto del trillado camino de los eternos cuentos infantiles, como de las astracanadas charlotescas y los espeluznantes episodios detectivescos. Es una novela infantil, en consonancia con el espíritu iniciado del niño moderno, y del cual, por la claridad y la belleza de su estilo, el interés y la amenidad de la anécdota, independientemente de sus maravillosas ilustraciones en cinco colores, deleitará por igual igual a las personas mayores y a los niños.

LA VIRGEN MARIA

Boceto de una obra teatral, inédito

POR

SALVADOR RUEDA

I

No era la «Virgen María» de mi cuento la Virgen santísima que se venera en los altares cristianos y cuya función daba principio con gran alegría de todos los vecinos de «El Retamar.»

La Virgen viva, era una mozuela del pueblo, que llevaba ese hermoso sobrenombre por parecerse a la Virgen del templo, con su cabellera profusa de cierto encanto religioso, con sus excelsas virtudes y con su castidad inmaculada. Así es que nadie podía pasar a creer que moza de tal honestidad, que era la gala y flor de las mujeres, hubiera podido tener el desliz que se susurraba. ¿Desliz? ¿y con quién? Con un arcángel había de ser, para que fuese digno de su belleza y para que ella se dejase seducir. En el pueblo no había ningún buen mozo digno de merecerla, porque quien parece que había secretamente propalado, con jactancia pueril, su victoria, era un hombrecillo, con forma de alacrán humano, flacucho, la tez pajiza, los labios blancos y delgados como cantos de papel, la mirada venenosa y fría, ejemplar erótico, que cuando nadie le veía en la noche, iba a refregarse, como macho cabrío, pasando y volviendo, contra los hierros de la ventana de la «Virgen». A nadie le cupo en la cabeza la murmuración de semejante bicho. Y echada a un lado esa hipótesis como quien se sacude una babaza, no había otras hipótesis a que recurrir. Tratábase de un misterio impenetrable.

El deshojamiento interesante de la »Virgen» y sus ojeras vaciadas en el divino molde de dos lirios, parecían ser delatores de lo que se decía, juntamente con el

---

Las novelas «inédita» que publica esta Revista son consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

retraimiento de la mozuela, aunque vivía en una de las casas de la plaza pública. Su reja hacia ya muchos días que estaba cerrada, sus macetas mustias, y en todo había algo como de huerto profanado. Alguien que por un descuido la había visto, aseguraba que María, en el aire que cercaba su cuerpo, parecía haber pasado de ser la «Virgen María» a ser «María Magdalena», con el manto real de sus cabellos en desorden, con su pecho redondo y alto semejante a un caliz de oro vacío, con sus caderas de amplitud solemne y desgoznadas, por el decaimiento de la pena. La mujer había adquirido un interés artístico y se había elevado a exaltación de pintor, a modelo vivo de belleza. Su caída, como la de la mujer adúltera del Evangelio, como la de otras mujeres famosas, que cayeron en vida, pasó a escalar la consagración estética. Las murmuraciones, a manera de óxido, habían mordido su figura; la maldad de las que fueron sus amigas, se clavó a modo de saeta trémula en su corazón; las feas ardieron de gozo en llamas azufradas de infierno; las hermosas sintieron el intenso regocijo de la pérdida de una rival: los hombres pensaron en la posibilidad de algo inaccesible; todo era un revolar de cuervos sobre la derribada; pero ésta, transmutada en figura de belleza, resistía el roer de todos los ácidos y flotaba sostenida en algo que está por encima de los hombres.

Llevaba ya más de un mes de violentísima lucha consigo misma, puesto que nadie de familia le había quedado en la tierra a quien confesar su dolor. Una anciana parienta, ciega de ojos transparentes, era el único bulto humano que la acompañaba, y por añadidura era sorda y algo tullida. «María de la Soledad», le hubiera cuadrado mejor que la «Virgen María.» Y con una mujer así, que debería merecer el respeto de los nacidos, se habían atrevido todos, y cuando creyeron verla caída, olfatearon con anchas fosas nasales y con relinchos de potro en yerbas de mayo, el momento de la completa profanación de la Virgen...

El mozo que la adoraba con locura antes de rodar de su corazón, se retrajo también de la vida pública encendido en una tormenta de torvos truenos y negras llamas, y se taladraba la vida buscando in-mente quien pudiera ser el ladrón sombrío de su felicidad, para desbaratarlo y para desmenuzarlo con el solo aire de sus manos puestas en horca. Pasaba con la memoria revista a los mozuelos. ¿Pedro Rojales, quizás...? No era posible; ese miraba de frente y enseñaba por entre la transparencia de los ojos el corazón. ¿José Mendieta? Tampoco: su mano nunca tembló entre las suyas, al enlazarlas la amistad; era serio, varonil; un hombre; ese, no. ¿Antonio Ledesma? Algo ligero, algo aturdido y desordenado, reidor en las fiestas, adelantado en el juego, pero todo inconsciente y sin calor de sangre; era «un viva la Virgen!» tampoco ese. ¿Alfonso Gutiérrez? Este era frío, interesado, calculador, sólo inclinado a la ganancia, al dinero; un avaro de aldea; tampoco dudó Julio Flores de este amigo suyo. Recordó a Graciano Villa, el primoroso y dulce tañedor de guitarra, que tocaba con dedos eólicos como si solo el aire, y no sus manos, rozaran las sensibles cuerdas del instrumento popular. Pensó en él y vió que no era más que un artista absorbido por la vocación, sin que le quedara tiempo para adorar otras cosas de la vida. Y pensó asimismo, en «El Flauta», cantador que casi siempre entonaba sus coplas acompañado de Villa, y los dos hacían armo-

niosa pareja, porque si Graciano era todo sentimiento al rozar con sus dedos de terciopelo las cuerdas, «El Flauta» alcanzó ese sobrenombre porque al cantar, su voz de misterio y de plata tenía la vibración queda y dulcísima de un magistral canario de aquel nombre. Ni el tocador ni el cantador, ambos fascinados por la música del pueblo andaluz, disponían de tiempo para otra cosa que para estar magnetizados por su inspiración. Después pasó Julio Flores revista a otros amigos del pueblo sin hallar traición en ninguno, hasta que se detuvo un momento en Gabrielón Roncales, un ricachón muy pagado de sí mismo; buen caballo con un aguacero de jaeces, montaba los días de fiesta, y vestía el traje señorito-popular de los de su clase, terno de la capital a lo caballero, pero con aire de «cateto» rumboso y presumido, pañillo de dientes siempre entre ellos, «vardazca» de olivo, flexible y nudosa, con qué darse golpecitos a lo largo del pantalón cuando echaba pie a tierra del caballo. Sonrió Flores al aparecer en su fantasía el rico pueblereño, y pasó por alto despreciativamente la figura. Evocó su memoria a muchos, examinó el alma de los más; dió un rápido vistazo a los menos, y se puso torvo y demudado al considerar que era un mortal rompe cabezas aquello que llegaría a drama si la justicia de Dios no lo retenía. ¿Quién pudo deshonrar a su novia, cuando él pensaba unirse a ella para siempre por considerarla tan pura como la Virgen del altar? Se golpeaba la frente y se daba puñetazos en el pecho para hundírselo en su desesperación de hombre formal y burlado. Se levantó del asiento con una borrachera de sangre en el cerebro, con los ojos cubiertos por un velo de llamas, con una terrible vibración en todo su cuerpo que trepidaba como un tren parado de repente.

II

Ella había pasado por todos los estremecimientos de la desesperación y de la tristeza. Ya no era la «Virgen María», título divino que le había concedido el pueblo por su belleza y por sus virtudes; ya era el religioso cristal de una vidriera gótica estrellado en una piedra de mil filos. ¡Y en las vísperas de su boda con el hombre único a quien había amado en la vida, en esos días en que la creación parece estar ungida de una magia maravillosa que produce deleite en los huesos y celestial delirio en la sangre magnetizada, días en que la «Virgen» soñaba y soñaba fuera de sí, entregada imaginariamente en los honrados brazos del esposo! A la «Virgen», le parecía en aquellas vísperas, oir campanas de gloria en el cielo, en la tierra, en todas partes, y el aire venía a ella, lleno de besos y de suspiros. Era en días de Mayo, y la sublime resurrección de la Naturaleza, había llamado doblemente al corazón de la moza, prometiéndole una eterna Pascua Florida, y como queriéndole deslizar por las venas adentro una corriente de rosas. ¡Eran flores las que sentía rodar por su cuerpo! ¡Que divina voluptuosidad, qué halago,

como un filtro fascinador, sentía en su piel, en sus cabellos, en su seno estremecido, en sus manos, en su ser todo! Como castillo de fuegos químicos, estaba su reja, toda estallante de capullos henchidos y de rosas que se desbarajaban al sol. Y cada flor de aquellas, borracha de aroma y con los estambres y pístilos desbordados de fecundidad, enviaba a su cuerpo emanaciones imposibles de resistir y avisos de nupcias cercanas. Quería coser la Virgen, y no podía, y se quedaba abismada mirando, sin ver, algo que pasaba secretamente por el aire y por la luz... Quería leer, y el libro, con todo su encanto, se cerraba, tomaba el camino abajo de su falda, desprendido de sus dedos, y caía, por estar menos lleno de ilusión que su cerebro. Quería barrer, y se quedaba fija, fija, con las dos manos enlazadas sobre la frágil caña, como si esperase que ésta se llenase de punta a punta de flores imprevistas y de tallos de primavera. Cada vez que temblaba el telón de hojas de Mayo de su reja, y veía el juego de sombras y de luces trenzarse y destrenzarse en bruscos goterones de sol y de sombra, creía que su novio llegaba a los hierros y apartaba el cendal para besarla. Ella corría a la reja, acercaba a las cruces el terciopelo de sus mejillas, ¡y no era nadie, solo un golpe de viento que dejaba cabeceando el cortinaje de flores! Un pajaro-flauta que tenía colgado de la reja, cantaba pianísimo, levísimamente, como si su voz viniera de un sueño; por el apenas oído trino del pájaro, toda la Naturaleza parecía hablar en voz baja, hablar en secreto íntimo y religioso; enlazaba unas a otras sus escalas que parecían lejanísimas y el corazón de la Virgen se sentía hipnotizado y poseído de un filtro maravilloso.

Una noche de estas llenas de magia, ya cercana a la de su noble casamiento, hallábase la Virgen pegada a su reja, cuyos hierros llegaban al suelo, cuando entrevió por el telón de verdura, que el farolero subía a una escalera y apagó el único farol de la plaza. Era oscura la noche, así es que al apagarse la luz, sus ojos se quedaron atestados de tinieblas. No había luz ni en su casa, ni fuera; compacta oscuridad envolvió el confesionario de la reja, su cortina de hojas, los muros, los objetos. Del exterior llegaba el alma bruja de la noche, toda ensalmo y sortilegio. La mujer, con la cara en las cruces de los hierros, quedó como encantada por un narcótico amoroso. Languideció de pasión, pronunció un nombre, Julio Flores, y extendió, inconsciente, los brazos, fuera de los hierros. Y en aquel instante imperativo de la Naturaleza que manda amar, de la Naturaleza autoritaria que ordena, aproximóse la vaga silueta de un hombre a la ventana, cogió a la Virgen de los brazos, la estrechó en una vibración violentísima contra sí, casi exánime ella, la habló al oido, quedísimo, y le dijo:—«Se mía; qué más da si seré enseguida tu esposo; ámame por Dios, apaga esta locura de mi cabeza, quiéreme, ampara mi corazón que arde, ten compasión de mí». Un grupo de campanillas azules caía sobre la cara de la mujer y oscilaba y se estremecía al temblor de los brazos del hombre. Quiso besar su boca y se interpuso una campanilla, donde cayó el beso apasionado; quiso besar sus ojos, y otros dos discos azules, les sirvieron de casuales escudos que recibieron los ósculos de fuego. Las tres flores se rompieron a los tres estallidos de pasión. Y la cara de la Virgen quedó inmaculada y sin mancha. Pero los brazos de fuera la abarcaron como dos retorcidas culebras, declinó el cuerpo lánguido, pero defendiéndose, protestó dando

locos brincos en su jaula el canario, y entre un remolino de hojas desbaratadas y de flores retorcidas por la recia lucha entablada, lloró la reja, sacudida desde sus tallos al suelo, campanillas azules, campanillas azules, campanillas azules...

Luego, una risa espantosa de burla, un fósforo que se enciende por el enmascarado de fuera, la locura y el asombro que redondearon y abrieron inmensamente los ojos de la mujer, y su voz que gritó en un acento fuera de los tonos humanos: «¡No es él!» ¡Dios mío, mátame!

Y cayó a tierra sin sentido.

III

Al alborear, las hormigas desorientadas de la reja, escribían los vacilantes caracteres de su marcha sobre las manos de lirio y sobre el cuello de marfil de la todavía sincopizada. El colapso parecía hermano de la muerte. La cabellera de la Virgen, se había derramado sobre las losas como una síntesis de la noche. Solo un botón de su corpiño, había saltado; el gusano no tuvo sitio por donde penetrar en la rosa. Las manos tenían varios ramajes de coral, en signo de lucha, y aun mostraban los coágulos de sangre. El vestido, rasgado en girones, no estaba roto por los hilos castos; todo él aparecía hecho pedazos, pero a modo de una bandera de honor. Los ojos y la boca, habían sido defendidos por las tres flores. Era aun la «Virgen María», pero ante los ojos criminales del mundo, ya tenía llena de sombras la diadema. El mundo ha extrangulado muchas honras de este modo.

Habían recorrido las hormigas, como letras movibles, la nuca de nardo, la frente purísima, la naciente y alta redondez del seno, las mejillas de durazno, las sienes de melocotón, y volvían otra vez a escribir y a escribir su sanscrito ilegible, cuando la caída entreabió trabajosamente los ojos, refloreciendo de la muerte, y reconoció, con lentitud, el sitio; recompuso con su cerebro, aun congestionado, los fragmentos de la incomprensible escena, y apenas pensó electricamente en lo que habría sido de ella, dió un soberano brinco poniéndose en pie con cara de mortal espanto, y en un centelleo de su mano, más rápido aun que las centellas, la llevó al origen del Paraiso, y dió un grito de triunfo que ensanchó su garganta al ver que aún podía arrodillarse ante Dios en el momento en que el sacerdote todavía no ha partido en dos mitades la Forma.

Corrió a abrazar a su tía, la ciega de ojos trasparentes, que la acompañaba, y vió que palpando con las diez *retinas* de sus dedos, se deslizaba por el muro en busca de la moza, pues ya extrañaba sobremanera no haber recibido su beso madrugador, como de costumbre. La infeliz tullida cuyo cuerpo anquilosado y retorcido parecía una viruta de ácido úrico, desengarabitó a duras penas parte de su curva fósil, tocó, y repasó, las ropas y el cuerpo de la Virgen, y quedó me-

ditabunda moviendo la cabeza. De los ojos traslucientes deslizó dos lágrimas que abrasaron su tez. Su cariño maternal había adivinado la escena. La Virgen besó arrebatadamente a la anciana en un inmenso instante de gratitud, y cogiéndole un brazo, se lo movió de un lado a otro, para expresarle *que no, que no, que no*, señal de negación que era entre las dos convenida. Insistió la muerta en vida e insistió la mozuela varias veces, hasta que asegurada la certidumbre en la vieja, ésta dejó ir por sus ojos dos relámpagos de alegría. Pero muy luego volvió a sus dudas y tristezas.

Entreabríase la mañana y ya comenzaba, fuera, el trasiego de la gente. Uno que pasaba se fijó en el destrozo ocasionado en la frónda de la reja, y exclamó:

—En este puesto, ha caído una perdiz.

El arpón se clavó en el oído y en el corazón de la Virgen, haciendo correr ráfagas de frialdad por su cuerpo. No había sido lo bastante ligera para arreglar por el lado de la plaza el desorden de la reja. Asomóse a ella, desde dentro, y vió todo el suelo cubierto de ajadas campanillas azules y de hojas pisoteadas. Varios claveles de fuego caídos, parecían los chispazos sangrientos de una batalla Apresuróse la Virgen a salir para enmendar el desarreglo, pero un grupo de mujeres que iban por agua, se detuvo, con sonrisas de maldad, frente a la venta na, y una de ellas dijo:

—¿No te parece que aquí ha habido algo esta noche?

—¡Jesús mil veces, contestó la aludida, y cómo está la reja!

—Se habrá soltao el borrico del *tio Carmelo*, y se habrá jartao de yerba

—¡No habrá sío mal borrico! A los borricos no le gustan los claveles ni las campanillas.

—Es verdá; esas flores solo gustan a los borricos de dos patas.

—¿Como por ejemplo?...

—¿Quién? dilo, dilo.

—¿Quién va a ser? Parecéis tontas.

—¿Julio Flores? —preguntó una ingénua.

—Como está pa casarse, habrá querío que naide le coja la vez.

—¿Y si el huéspe ha sío otro?

—Pues como defensa la ha habío. ¡Que destrozo!

—¿Y no habrá tenío esta mujer mieo al que dirán? repuso una fea con el cántaro en el cuadril.

—Qué más hubieras tu querío que...

—¿Yo? No me ofendas mujer.

—Pues yo voy a llevarme una reliquia de la Virgen, dijo una y se agachó al suelo a coger un roto disco azul.

—Mira, mira que lástima; está roto.

—Y este también.

—Y éste.

Eran, casualmente las tres campánulas que defendieron de los tres besos de pasión la boca y los ojos de la mozuela.

—Pues una flor rota, añadió una de ellas, no pué componerla ni el poer de Dios. Moza que pierde el ser, es como una campanilla manoseá

Y entre cuchicheos maliciosos y dimes y diretes, se alejaron las mujeres hacia la fuente.

Cuando desaparecieron, aprovechando unos momentos de soledad de la plaza salió presurosa la Virgen y ordenó el desvencijado cortinaje de la reja, recogiendo la pisoteada baraja de flores del suelo. Entró de nuevo en su casa y se peinó sin mirarse. Pero así que para dar un retoque a su peinado, se miró al espejo, quedóse atónita viendo los estragos del dolor en su tez. No solamente el silabario de las hormigas, había rodado confundido por el nacar tíbio de su faz, sino que algunas orugas rasposas, como limas que se abren y se cierran, habían dejado un tatuaje sangriento en su cara. Dió un grito al creerlo una marca pública. El escrito de las orugas, por un azar de los trazos rojos, por una rara coincidencia de sus vocales tortuosas y de sus consonantes como garabatos, había compuesto sobre la mejilla izquierda de la Virgen, la palabra *Mala*, y al saber ella que no lo era, se arañó el trazo delator, se lo pellizcó para arrancárselo, se frotó con el terciopelo de una toalla, se lo empapó en agua de olor, y al ver que no se borraba el pregón, vino dolorosamente a su memoria una copla que muchas veces había oído cantar en las parrandas nocturnas. Decía:

Quisiste que con sus labios
besara un hombre en tu honra,
la mancha no se te quita
ni con agua de Colonia.

Como esos anuncios que instantáneamente se encienden y se apagan, dentro de su corazan se apagaba y se encendía este cantar. Observó por entre la enredadera, y vió que dos amigas suyas íntimas se acercaban con cautela, miraban la reja de soslayo, y huían. Unos chiquillos desvergozados, escribieron un letrero indecoroso y lo colocaron en la reja. Las gentes se reían al leerlo. Ella alargó las manos por entre las hojas, y lo arrancó. Lo escrito era una sola palabra de dos sílabas, que trastornó de ira y de locura a la mozuela. Rompió el injusto e ignominioso letrero. A medida que las mozas y los mozos cruzaban hacia la iglesia, puestos de tiros largos por que eran las fiestas de la Patrona, miraban hacía la ventana de la Virgen y precipitaban el paso. La habían aislado por completo tan pronto como corrió por el pueblo la noticia de su deshonor. ¡Ni una amiga con quien hablar, ni una compañera de la infancia a quien pedir consuelo en su tribulación! Su casa había pasado a ser de pronto prisión y destierro. Mordaza, grillos y esposas le había puesto el inexorable juicio público. Sin una persona que se acercase a ella, sin un corazòn a quien abrir el suyo, ¿cómo revelaría su secreto, a quién le contaría su dolor?

IV

A nadie, porque el que hubiera dado por ella alma y vida y la hubiera levantado del suelo, era el que de pronto la aborreció más. Varias veces, en el silencio nocturno, colocóse Julio Flores emboscadamente detrás de una esquina de la plaza, como quien acecha en un puesto de cazador, para atravesar de un tiro al pájaro que entrase arrastrando el ala en torno de los hierros de la reja. Más astuto que él, el «Macho Cabrío», así le llamaremos, iba cerca ya de la madrugada, después de una inspección por las calles cercanas, a refregarse contra las cruces de hierro que él profanó. Como un incendio lascivo, restregábase, pasando y volviendo, semejante a navaja de afeitar que se afila, y hasta llamaba quedamente, dulcísimamente, a la Virgen, pero ésta con el alma a mil leguas de semejante desalmado, y sin sospechar aquellas visitas a su ventana dormía agotada por los sufrimientos.

No quiso el demonio que Julio Flores cazara ninguna noche a aquel avechucho y lo tirara por un precipicio para que se hicieran polvo sus huesos.

Una noche se acercó tanto Julio Flores a la reja, que por el entornamiento de las hojas vió a la que fué su novia, a la que tan ciegamente quiso. Era ya tarde. Las puertas del pueblo estaban cerradas, nadie iba por las calles. La plaza estaba sola. Se acercó más Julio, y vió a su novia vestida de luto, arrodillada en el suelo ante una imagen que ella tenía sobre un altar y la cabeza caída sobre el pecho con un aire tan alejado del mundo, que más que mujer parecía encarnación del dolor y del martirio. Julio se conmovió profundamente. La sangre le dió un repique brutal en las sienes. Sus porrazos los oía en todo su cuerpo. Quedó esclavizado, absorbido, presa de una emoción dolorosa que le recorrió todas las vértebras con una descarga eléctrica. Tuvo que sujetarse a sí mismo para no ser extrangulado por la emoción. Agarróse a un hierro y exclamó con la voz desfigurada por un temblor inmenso:

—¡Arrodillada! ¿Por quién rezas?

Al cabo de unos segundos, la mujer, creyendo oir una lejana voz de la vida, volvió lentamente la cara, recrugiéndole, por la larga quietud, los engranajes sutiles del cuello y de la nuca. Pero como cerrada la reja a nadie vió, creyó la voz un sueño y siguió arrodillada.

—¿Por quién rezas?—volvió a decir más alto la voz.

Esta vez, la mujer, sojuzgada, dió un grito de miedo, echóse hacia atrás, y tomando a Julio por el seductor, causa de su desdicha, voceó como quien suelta vidrios rotos por la lengua:

—Vete, tú no eres mi Julio: eres el que, por un descuido, me has engañado

me has expuesto a caer. Vete, malvado, bicho. Y dió un portazo con las dos hojas de la ventana, cerrando de golpe y echando súbitamente el cerrojo.

—Soy yo, Julio.

—¡No eres! ¡vete!; ten compasión de una pobre mujer.

—Te digo que soy yo, María, abre.

—No; tú imitas su voz, pero no eres. Tú eres el demonio. Aléjate.

A Julio le blanqueó la cara en la sombra por el asombro de aquello que no comprendía. Luego añadió:

—¿Qué prueba de mí quieres para que te convenzas de que soy yo?

—Ninguna. Aléjate de aquí, o grito y se levanta en escándalo el pueblo.

Posible era que se hubiese vuelto loca aquella mujer, pensó Julio Flores. Sin embargo, deducía de sus palabras, que otro, acaso tomando la apariencia de su figura (aunque entre la oscuridad no hubiera hecho falta), llegó a aquella reja y expuso a la moza a caer en el deshonor.

—Luego entonces, arguyó Julio, ¿no llegó a la caída? ¿Se conservaba pura su novia? Y ¿quién sería el disfrazado? ¿quién el que osara suplantarle en una escena amorosa como aquella? Todo esto parecía mentira, y era quizás una comedia representada por la Virgen para atraerlo otra vez. El pueblo había vuelto la espalda a la moza, y cuando el pueblo unánime puso la marca sobre la mujer, es que era cierta la caída. Se apagó en él, ante estas consideraciones, la ráfaga de perdón que se había levantado en su pecho, y surgió, recrugiente y devorador, el incendio del odio, la absorvente llamarada de los celos.

Ante sus ojos volvió a pasar el velo de sangre que lo cegaba.

—Abre—gritó—comedianta, hipócrita, perdida, y verás lo que duras entre mis manos. Ni en cruz y de rodillas te creo. Te has burlado de mí, has hecho pedazos mi vida, me has tirado a un abismo del que no podré salir jamás.

—Julio, Julio—exclamó ella abriendo la ventana porque al fin lo había reconocido—. Tira, mátame, aunque soy inocente, que más quiero ser muerta por ti que vivir de este modo.

—¿Eh? ¿Qué es eso?, dijo acudiendo el guarda nocturno del pueblo, un mozón valeroso y fornido, a quien atrajo el que ya empezába a ser escándalo en la noche.

—Nada pasa aquí, prorrumpió Julio. Aquí no se le ha perdido a usted nada.

—De modo—añadió el vigilante—que era usted el que ponía en duda esta reja y el que estaba echando a tierra el nombre de esta mujer, cargándole la culpa a otro.

—Mentira—gritó Julio fuera de sí,

—Sí, mentira, mentira—reafianzó la mozuela, salvando la dignidad de su novio.

—Mentira o verdad, venga usted conmigo.

—¿Yo preso?

—Usted.

—Si nó, le desbarato la cabeza de un puñetazo.

—Eso se va a ver.

Se liaron a brazo partido. Forcejearon. Los gritos de María alteraron la paz

de la noche y cuando los dos hombres luchaban sin poder vencerse, repuso la atribulada cortando la contienda:

—Aquí hay una prueba de quien haya sido el traidor a quien no conozco. Entre los hierros de la ventana, durante la lucha, quedó este girón de ropa. El dueño de la chaqueta a la cual falte este trozo, ese es el criminal.

Era un rayo de luz que repentinamente caía sobre el drama, prometiendo romper sus tinieblas.

Pero no era fácil formar una exposición de chaquetas en casa del Juez, arrancadas a viva fuerza a los mozos, y no sólo a los mozos, sino a los casados y viudos, porque en materia de amor no hay formalidad en ningún estado civil. Desde el chaquetón asmático y lleno de goteras y remiendos del viejo verde «tío Alonso», hasta la chaqueta pinturera y acairelada del capullo de novillero «Gavilancito», que solía enredar en los imaginarios gavilanes de su estoque a más de una paloma atribulada, mediaba toda una larga colección de prendas de vestir, que a Julio le pareció ridículo coleccionar, y además de parecerle ridículo, lo creyó un nuevo y terrible pregón de deshonor para su novia, la cual, si no llegaba a resultar culpable por un milagro del cielo, no sería justo acumularle nuevas sombras sobre la frente. No quiso Julio Flores ni tener un momento más entre sus manos, aquel jirón de ropa despreciable que le había entregado su ex-novia en un momento de confusión. La arrojó de sí indignado, viendo que de aceptar aquella investigación, tomaba, por su gusto, el papel de «detective», y lo que sólo correspondía a su actitud de amante burlado, era confundir a la novia y a su ignorado rondador. Tiró el guiñapo asqueroso y dejó lo sucedido en el secreto. Pero no lo dejó el guardián del pueblo, que, amoscado por no haber podido vencer a Julio Flores, se propuso denigrarlo acusándole entre las habilillas del pueblo, de ser él quien solapadamente procuró deslustrar el casto nombre de la mozuela. Entre los del lugar, corrió con rapidez eléctrica, la descripción de lo que acababa de ocurrir en la reja; los chismes llegaron al cielo. Los envidiosos de Julio Flores, de su porte serio, de sus actos nobles, de su figura bizarra, le pusieron a los pies de los caballos diciendo que él y sólo él, era quien en diversas noches intentó perder a su novia, y le pusieron de traidor, de ruin y de canalla, que no había por donde cogerlo. Las mozas, por su parte, desdeñadas muchas por la arrogante figura de Julio, clavaron también en él sus garras y lo pusieron en la picota. El anónimo y verdadero seductor, ante el giro imprevisto que tomaba el asunto, bañábase en agua de rosas viendo que él había intentado la conquista, y otro pagaba los vidrios rotos. Cuanto oyó el susurro de que a la chaqueta de un hombre del pueblo, le faltaba un pedazo, que era la prueba del crimen, recogió la

chaqueta pecadora, en la cual él casi no había reparado, y tomando unas tijeras, encerróse en un lugar oculto y picó, a trozos menudos, la prenda. Los reunió, los envolvió en un papel, y allá se fué a arrojarlos a la corriente del río. ¡Podían venir a él «detectives»! ¡A él, que era el padre en línea recta, de todas las astutas zorras y de todas las pícaras ratas del contorno! La Virgen María quedó aislada en absoluto de toda piedad, de toda misericordia. Entre el desprecio, la envidia, la rivalidad, los celos, y toda clase de mónstruos morales, la infeliz había quedado peor que un preso en un calabozo. Era una enterrada en vida, una emparedada que se consumía lentamente, sin tener amparo más que del bulto informe que la acompañaba: de su tía la ciega, que también creyó deshonrada a la mujer.

Quien no se sentía tranquilo en su afectada actitud de indiferencia hacia la mujer que quiso, era el pasional Julio Flores. Se sacudía el abejorro de un idea que venía a rondarle incesantemente, la idea de investigar aquel misterio, de esclarecerlo y ver si su novia efectivamente era pura, y, entre sus desgracias, digna de su amor. Ese abejorro le zumbaba en derredor de la cabeza, le pasaba de un oído a otro, le daba algún golpetazo en la frente, le inquietaba y le soliviantaba, pero, sin querer hacerle caso, le daba un manotón como a una mosca importuna, y se creía libre de aquel llamamiento del deber. Y era que las entrañas de Julio se abrasaban en una hoguera de amor por la Virgen, la llevaba estereotipada en todo su ser, se le aparecía en sueños, la veía a todas horas pintada como una excelsa visión en su fantasía. Y más aún, desde que la vió al descuido, por la reja, en el desbarajuste hermosísimo de su figura, las ojeras agrandadas, el cabello como un manto caído en los hombros, el seno en descuido, las venas más azules y en escrituras más bellas que antes, zigzagueando por el nacar de las sienes, del cuello, de las manos, que habían adquirido algo así como una belleza religiosa.

El conjunto de su ex-novia, le había dado la impresión de que era otra mujer más amplia de belleza, de líneas más a lo pintor, de atmósfera más pura e ideal. Era la exaltación estética, la consagración del martirio, la santidad del dolor, lo que había dado un vuelo inmenso de interés a la Virgen. Ella, ni sabía su paso hacia esa altura en que una mujer solicita los supremos colores de la paleta y las santas estrofas de la poesía.

Y aquella recluída, no podía hablar con nadie que no la despreciase, no podía cruzar la palabra de Dios con ninguna amiga, con ningún mozo, con ningún ser que tuviese misericordia de su soledad, mientras hervía su pecho en borbotones de llamas y en impulsos de desesperación, el deseo enorme de demostrarle al mundo su pureza y de proclamar su dignidad ante Dios y ante los hombres,

Para más pena, eran las fiestas de la Santísima Virgen, Patrona del pueblo, y ella no figuraba entre las mujeres qne vestían las andas, que ponían flores en los altares de la Madre de Dios, que enlucían su corona, que sujetaban a sus sienes el manto. Desamparada de la misma Reina de los cielos, solo le tocaba morir.

VI

Oyó, lejos, hacia la Iglesia, los tiros de triunfo con que los escopeteros de pañuelos de colores liados a la cabeza, empezaban a anunciar que pronto principiaría la nocturna procesión del Rosario. Percibió también María el primer repique de campanas anunciando por tierras y cielos, que pronto estaría la Madre de Dios en las calles con sus andas doradas de luces, sus floreros desbordados de azucenas, sus campanillas orlando las arcadas de las andas bellísimas, su corona de oro y el hipnotizante rosario de labor rica y cuentas de metal áureo. Una nube de chiquillos voceadores pululaba a las puertas del templo en derredor de la banda de música venida de un pueblo cercano, que rompió en una marcha brillante al salir de la Iglesia la Cruz de plata, el estandarte bordado en oro, la manga parroquial con el monaguillo debajo vestido de color de lacre, los cirios en hileras con reverberaciones fantásticas, debajo de cuyas llamas extendían algunos rapaces las manos para recoger las lágrimas de cera. Como un derrame de poesía y de tristeza por los aires, oyó, distante, la Virgen, el nostálgico comienzo de la procesión, que ella no podía presenciar como otras veces. Se hinchó su pecho por la pena y asomó el contenido llanto a sus ojos.

Ya en la calle las andas y detrás el palio, bajo el que caminaba el sacerdote llevando a los lados los violines y los cantores, de las cargas de dulces traidas de la capital y abiertas a los lados del templo, agarraron los turroneros, a manos llenas, enyesados garbanzos y satinadas peladillas, que con un terrible estrépito de pedrea, fueron a caer sobre los tallados de las andas y sobre la misma Virgen, que entre un temblequeo de caireles de oro, de lazos sueltos al aire, de guardabrisas llenos de luces y búcaros floridos, adelantó con su niño Dios en un brazo, y en la mano del otro un pañuelo tan tenue, tan etereo y lleno de ilusión, que parecía un encaje de la luna. Una efervescencia religiosa manifestada en gritos, en vivas, en bendiciones, estalló de los pechos y de las bocas, como una larga oración no interrumpida de veinte siglos que la humanidad rendía al más bello símbolo de todas las religiones de la tierra. Lloraba silenciosamente María oyendo muy lejanamente todo este rumor de triunfo católico, e iba cayendo por grados en un abandono de la vida, que se semejaba a una aproximacón de la muerte.

Una luz de bengala azul, prendióse al lado de la Iglesia, y aquel fantástico color químico tiñó los balcones, las macetas, las fachadas, la muchedumbre, los abalorios, galas y peinados de las mujeres. Bañado en aquel oleaje azul, todo parecía inusitado y divino, y daba la idea de gentes del cielo que venían a la tierra envueltas en todas las tintas de lo celeste, detrás de la Virgen que había descendido al mundo.

Rota a trechos, y a trechos encadenada, la procesión se puso en movimiento.

Delante iban los escopeteros con los chiquillos en derredor apreciando cuál tiro era más gordo y cuál fogonazo más brutal. Los tiradores, cargaban con polvora sin bala sus pistolas antiguas, y con papel de estraza mascado, las cargaban hasta la boca. Alguno de ellos hubo, que se llevó atascando su terrible pistola, dos días antes del Rosario, para ver si con la detonación enorme podía apagar todas las velas de la procesión. Después de los escopeteros, alzábase a los aires el guión, que ponía un hombre en alto con sus pulsos viriles y resistentes. Luego el estandarte, especie de dos grandiosas alas de mariposa abiertas bajo una cruz de metal que rasgaba los cielos. En esas alas, veíanse los bordados de seda, las figuras al realce y algunas escenas de la vida de Jesús. Inmediatamente después de la banda de música abríanse dos compactas hileras de devotos con velas encendidas en las manos, y entre esos dos rios onduladores de luces, adelantaban, descalzas e hiriéndose en las escabrosidades del suelo, las penitentes, con el cabello suelto a la espalda, la túnica de muselina morada, las manos en cruz, los ojos al suelo. Algunos niños de familias pudientes, iban vestidos de San Juanitos con sus cabellos hechos tirabuzones de oro, sus alas de ángeles, sus velas rizadas en las manos. Un continuado murmullo acogía la presencia de estos sublimes inocentes, que ya se enseñaban a adaptarse a las figuras del Poema más grande que han registrado, ni registrarán, los siglos. En sus pechitos inmaculados, empezaban las excelsas madres, a sembrar ideas grandes y maravillosas.

Detrás de los dos ríos de velas ardiendo, venía el paso de la Virgen, riquísimo de adornos y de joyas, entre las cuales iban las sortijas y collares de algunas mujeres. También ¡oh nota inesperada! iban a los pies de la santa madre de Dios, el estoque, unas banderillas de lujo, la montera y la regia capa del Gavilancito, desplegada ésta como una lumbrarada del sol. La Reina de los cielos, acoge y perdona todas las flaquezas humanas, lo mismo las manifestaciones de orgullo de la gran duquesa en forma de brillantes asustadores por lo enormes depositados en el pecho de la Virgen, que el «Perdóname madre mía» de la infeliz perdida, que se arrodilla ante ella en la procesión.

Después del paso, iba el palio guarnecido de borlones de oro, amparando al sacerdote y cercado de la orquesta. La banda de música abría la procesión, y los violines y cantores la cerraban. Y todo aquel inmenso concurso, nutrido con el de muchos pueblos cercanos que vinieron a la procesión, era en honor de la Virgen del Rosario.

Abrirse de pronto, en medio de la manifestación religiosa, otra luz de bengala, pero esta vez de misterioso tono verde, que tiñó niños, mujeres, hombres, galas, insignias, la muchedumbre toda, en el color divino de la esperanza. Y aquello pareció que el mundo venía a cercar a la Virgen y a pedir, a rogar ilusiones no cumplidas, a implorar la realización de sueños no logrados, de aspiraciones que estaban por florecer, por que ¿quién no tiene en su pecho por abrir la rosa de una esperanza? Como resucitan al calor de Mayo las larvas en espera de alas y los cerrados capullos en espera de desplegamientos a la luz, asi todas aquellas gentes, todos aquellos corazones, se acercaban y rodeaban a la Virgen en espera de resurrección y de reflorecimiento. Las retinas no veían más que verde, verde, verde....

¡Qué entusiasmo al ver en las calles llevada en hombros al más completo símbolo de la vida y a la que es síntesis de ella: la Mujer entre las Mujeres, Virgen, Casada, Madre, Novia, Protectora, Perdonadora, Amparadora, Reina de la Tierra, Reina del Cielo, Reina de las Almas, especie de brillante, en cada una de cuyas facetas hay cristalizado un diverso símbolo del amor. Y ¿a quién vamos a adorar más que a la Mujer, y más si la Mujer es la Madre de Dios y de los hombres, Madre de todo, madre de la Creación? Así pensaba el concurso al llevarla en hombros por las calles como si llevara a una Novia del cielo, y los vivas se sucedían a los vivas y las ovaciones a las ovaciones.

Otra coloración, la de una súbita bengala roja, dió otro carácter poético a la fiesta. Teñida toda de un rojo fantástico, manos, caras, edificios, vestimentas, adornos, movimientos, parecía ahora la procesión una batalla con cuanta sangre ha costado la conquista de los ideales de Cristo. Los Cruzados de sus guerras, las espadas destilando gotas de rubíes, las cimeras ensangrentadas, los petos salpicados de rojo y de luz victoriosa, parecían en aquel momento de la procesión, ser aclamadas por la muchedumbre que los recibía en triunfo en derredor de la Virgen. Todo rojo, rojo, rojo. Todo sangre, sangre, sangre....

Desembocó en la plaza el gentío, con el guión que se puso a un lado; el estandarte, que se replegó a otro; la banda que se puso a la entrada, y empezaron a entrar en la explanada y a abrirse a derecha e izquierda, las dos largas y ondulantes hileras de velas encendidas. Era costumbre, que al llegar a la plaza el Rosario le formase marco la muchedumbre, para adelantar, como adelantó, el solemne paso de la Virgen, la cual quedó depositada unos segundos en tierra para que descansasen los hombres que la conducían, mientras que las voces de las cuerdas y las voces humanas entonaban uno de los cantos a la imagen y el campanario se deshacía extremeciendo sus sonoros cálices de bronce.

En medio de aquel delirante entusiasmo de música, de vivas, de rezos, se abrió de repente, el asombrado gentío, en dos mitades, y de la casa donde vivía la pobre mujer despreciada de todos, salió la infeliz María sin poder contenerse, como loca, con las manos cruzadas en alto, la cara como la cera, los ojos rasgados, enormes, negros, la figura de luto, el aire evangélico como el de la Magdalena.

Un clamoreo vivísimo de miedo, de sorpresa, de curiosidad, de admiración, de asombro, estalló y retumbó en la plaza, acordonando las cabezas, las posturas, las luces, esperando ver lo que sucedía, lo que era aquello con lo que nadie pudo contar.

Estaba tan severa María, tan escaldado su rostro por el llanto, tan de alabastro impecable sus manos, tan de marfil religioso su semblante, tan en relieve sus tendones como los de los santos, tan exaltada toda en belleza y en dolor, que a adelantar como una visión hermosísima, arrodillarse delante de la Virgen, besar el polvo y porracear su frente contra el suelo, subió un griterío a los cielos como en el de los más grandes sucesos humanos.

Las mujeres, prorrumpieron en frases de compasión:

—¡Jesús cómo se ha quedao

—¡Pobrecita!

—¡Válgame Dios, qué pena!

—¡Sujetarla, que no se pegue contra el suelo!
—¡Qué cara!
—¡Qué ojos!
—¡Qué manos!
—¡Parece una mártir!
—¡Parece una santa!

Hasta las mismas y los mismos que la denigraron, sintieron remorderles la conciencia, y fueron sus gritos de piedad mayores que los otros, y sus exclamaciones más en carne viva y más sacadas de lo hondo del corazón. Estrechóse, atraído irresistiblemente el cerco de la muchedumbre para rodearla, absorbido totalmente por el interés.

Ella alzó la frente, cubierta por el polvo, clavó los ojos en la Imagen, y dijo:

«Madre, Madre mía; nada hice para que no me puedas mirar así, así, hasta el fondo del alma, hasta lo más secreto del corazón. Yo puedo sostener tu mirada a pesar de que es divina, porque nada hay en mí que no sea puro, que no sea honrado, que no sea digno de que tú lo mires. Si a traición y en momento de confianza alguien llegó a mí procurando descomponer las hojas del alma virginal que me diste, yo me defendí como tú mandas, como manda tu Dios, y tres flores casuales libraron mi cara de tres besos que yo creí que eran de otro hombre, del hombre con quien ya estaba desposado mi corazón y que delante de tí iba a ser mi esposo. Mi cuerpo no está mordido por el picotazo de ningún ascua inmunda, y con mi frente, Madre mía! ¡oh madre mía! aún se puede tapar el caliz, como si fuese una patena. Si nada hice, si en nada pequé, si soy digna de Dios y de los hombres, ¿por qué me huyen? ¿por qué me deshonran, por que me aborrecen, por que me han dejado sola, sola, sola....

—¡No, no, sola no! estalló el griterío ensordecedor.
—¡Te queremos todos!
—¡Te adoramos!
—¡Perdónanos si te hemos ofendido!
—¡Vives en nuestro corazón!
—¡Levántate y te llevaremos en andas!
—¡Bésanos y te besaremos!
—¡Abrázanos y te abrazaremos!
—¡Viva María!
—¡Viva! contestó loca la muchedumbre.
—¡Muera el que quiso ofenderla!
—¡Muera! contestó el aullido inmenso de entusiasmo.

Otra sorpresa esperaba al concurso extremecido. De un ladó de las andas surgió un hombre, adelantó y dijo:

—¿Dónde está el que quiso ofenderla? Que lo diga y morirá ahora mismo, aquí, en la plaza, como escarmiento.

Era aquel hombre Julio Flores, severo de apostura, alto, varonil, digno del sublime momento.

—Que diga la ofendida quién fué, siguió Julio.
—No lo diré. Dios nos manda no derramar sangre.

—Esa es la sangre de los hombres, pero no la de los reptiles.

—Figura de hombre tiene al cabo, pero ¿qué mayor castigo que el desprecio?

—Que lo diga, que lo diga, expuso furioso, el griterío.

—No lo diré. Al merecer vuestro cariño, no quiero quedar manchada con sangre. Yo perdono.

—No, no, siguió el griterío. Caiga el de la culpa, caiga el que es traidor a la mujer.

—Madre mía, Madre del Rosario, no lo diré. Es un bicho inmundo queno llega a ser hombre. Mi silencio es un patíbulo y es una horca.

—Pues si te conservas honrada como antes de que hubieras caido de mi corazón, si está tu cuerpo como está tu alma, si el sacerdote está presente, si las campanas están dispuestas para repicar a tu gloria, si la plaza es el altar y tiene millares de luces, y aquí están mis manos de hombre honrado y ahí están las tuyas como dos flores virginales, levántate del suelo y ven a mí que aquí está nuestra Madrina la Reina del Cielo, y aquí está nuestro Padrino que es el pueblo que te rodea y te aclama.

—Sí, sí, que se casen delante de la Virgen, rugió delirante el coro. Todos seremos los testigos.

De la felicidad, María no supo qué le pasaba, ni si era el hombre a quien adoró, o una visión, la que hablaba así. Sugestionada y vacilante, se levantó; anduvo milagrosamente algunos pasos; fijó sus ojos llenos de lágrimas en el esposo; le besó como una virgen purísima en la frente, y al alargarle su divina mano de esposa, dirigió la mirada a los cielos, ¡y cayó muerta!

Salvador Rueda

LA ESMERALDA. Compro alhajas, dentaduras, pago su valor verdad.
POSTAS, 26, PLATERÍA.--TELEFONO 54-M

MUEBLES
de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.
CASA SOTOCA
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

CAJAS DE PAPEL
Millares a elegir desde 75 cts.
EL ARCA DE NOE
Corredera Baja, 39

COMPRO ALHAJAS
JOYERIA
Plaza Mayor, 23. (esquina a Ciudad Rodrigo.)

Young England
SASTRERIA DE MODA

SAN BERNARDO, 20
NOTA. ... en géneros

¡No preocuparse!
de callos ni uñas gordas. La célebre **Escofina Losada** de 1,10 y 1,65 ptas los destruye en el acto sin dolor. Se devuelve su importe a quien no satisfaga el resultado. En Droguerías y Ortopédicos.—Dtº. ctral. de España. Valverde, 14, Madrid. Viuda de R. Losada.-Gran rebaja por mayor.

ESTEBAN ARIZA
Ortopédico constructor
CASA ESPECIAL EN FAJAS Y BRAGUEROS
44, FUENCARRAL, 44

PEÑA COMPRO Y PAGO MÁS QUE NADIE, ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE
SAN BERNARDO, 52.—T.º 5196-M

¡EUREKA!
CALZADO
WALK-OVER
Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

BISUTERIA, JUGUETERIA Y PERFUMERIA
F. Martinez Hortaleza, 44 MADRID

Suaviza el cutis
ALCOHOLATO
Lo mejor para tricción.
Alcoholera. — Carmen, 10

LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE
MARTINEZ, H.NOS
ALMACEN DE MATERIAL ELECTRICO
MADRID Teléfono M-5087. Fuencarral, 12.

MOTORES
Arreglo y conservación.
Angel B. Ripoll y C.ª
(S. en C.)
Cabestreros, 5.-Tel. 2962-M

Treinta años. A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros, usad enseguida el agua **La Flor de Oro** y evitaréis las canas, la caspa y la caida del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

ES CÓMODO
para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere, compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

Dolor de cabeza neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídase en farmacias.

LOS CALZADOS **RIAÑO**
SE RECOMIENDAN POR SU ELEGANCIA Y DURACIÓN
5, Argensola, 5 **MADRID**

Camisería Ridruejo
Novedades en corbatas cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.-Medias y calcetines. – Géneros de punto.—Pañuelos de seda y algodón.—Canastillos y equipos.
R. Martínez Ridruejo
Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

VINO PEPTONA ORTEGA
El mejor tónico y nutritivo

Emilio Hernández
Constructor de aparatos Ortopédicos, bragueros, fajas, etc., etc.
Plaza Provincia, 3.-Tel. 3-277
Casa fundada en 1866

Ciudadanos: Deseais obtener con rapidez algún encargo, así como también documentaciones, certificaciones e informes comerciales. Consultar a la ***Agencia Verano***. la que os facilitará lo que deseis. Correspondencia al director *Juan J. Verano*, Costanilla de los Capuchinos, núm. 3, 3.º izqda.-MADRID

EMINENTE CREACIÓN CIENTÍFICA
OJOS **"PRODIGALUZ"** **PÁRPADOS**
PARA ENFERMOS DE LOS
MARCA REGISTRADA SEGÚN LAS LEYES
Preparado por el Doctor J. Martínez Menéndez
Condecorado con la Cruz de Mérito Militar por méritos profesionales.

Específico único en todo el mundo, que cura radicalmente las enfermedades de los ojos, por graves y crónicas que sean, con rapidez asombrosa, evitando operaciones quirúrgicas, que con tanto fundamento atemorizan a los enfermos. Desaparición de los dolores y molestias a su primera aplicación. Eminentemente eficaz en las oftalmias graves y por excelencia en la granulosa granulaciones purulenta y blenorrágica, queratitis. ulceraciones de la córnea, rijas, etc.. Las oftalmias originarias de enfermedades venéreas cúralas en breve tiempo. **Maravilloso** en las infecciones postoperatorias. Hace desaparecer las cataratas en período de formación. Destruye microbios, cicatriza, desinfecta y **cura para siempre**. No más remedios arsenicales, mercuriales, nitrato de plata, azul metileno y otros tan temibles usados en Clínicas. Las vistas débiles y cansadas adquieren prodigiosa potencia visual. No más neblina, siempre vista muy clara. Jamás fracasa. El 98 por 100 de los enfermos de los ojos cúranse antes de concluir el primer frasquito del específico PRODIGALUZ.

PRODIGADUZ eclipsa para siempre el tratamiento por los colirios conocidos hasta hoy en todos los gabinetes oculísticos; colirios que en la mayor parte de los casos no hacen más que empeorar el mal irritando órgano tan delicado como la mucosa conjuntival. El nitrato de plata, causa de verdadero terror de los enfermos y de muchas cegueras, lo hace desaparecer PRODIGALUZ es completamente inofensivo y produce sus estupendos resultados sin causar la menor molestia a los enfermos. Detiene la miopía progresiva.

Enfermos de los ojos: estad seguros que curaréis en brevísimo tiempo usando el portentoso específico PRODIGALUZ. Exigid la firma y marca en el precinto de la cubierta. Precio del frasquito: 18 pesetas. — Testimonio de Sres. Jueces, Fiscales, Jefes del ejército etc., etc. de haber curado con PRODIGALUZ después de haber sido desahuciados por muchos que se titulan «eminentes oftolmólogos».

Dirección general: E. CUADRADO, (T. O. Madrid - Mesonero Romanos, 4, pral. Envíos a todas partes. Correspondencia por postal

¡¡Exito infalible!! No más cocaína, atropina ni ningunas otras sustancias peligrosas, como puede comprobar sometiéndolo a un munucioso análisis cualitativo.

¡¡ UNICO EN TODO EL MUNDO !!

Oficinas y talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Frinó**.—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.